



STARCRRAFT<sup>®</sup>  
HEART OF THE SWARM



# Portanaves

Por Michael Kogge

*Koramund*: los protoss habían bautizado al portanaves "Maravilla extraordinaria" y, para laalu, el tercer ingeniero de la nave, no podría haber tenido otro nombre. La elegancia de sus curvas era innegable; las planchas del casco eran lisas y brillantes, y habían sido meticulosamente forjadas por artesanos khalai; por eso, cuando las miraba, laalu siempre pensaba en las colinas Shreka del norte de Aiur. Además, estaba el encendido único de los conductos de puesta en marcha que, desafiando toda explicación racional, lograba que los sistemas centrales funcionaran más allá de toda especificación, en especial cuando se enfrentaban a situaciones difíciles. Además, a laalu le gustaba pensar que los hangares y plataformas de manufactura que él supervisaba producían los interceptores mejor preparados para el combate de toda la flota, porque normalmente tenían un conteo de derribos dos o tres veces mayor que el de otros portanaves.

Pero el *Koramund* realmente estaba a la altura de su nombre con un récord prestigioso que muy pocas naves podían igualar. A lo largo de los siglos que había estado en servicio, había fundado más colonias que ninguna otra embarcación desde el Eón del Conflicto, y al mismo tiempo lideraba la carga en incontables batallas. Muchas veces, los enemigos huían apenas lo detectaban por temor a sus interceptores, así de difundida estaba la leyenda del *Koramund*. Cuando los despreciables zerg invadieron Aiur, el mismísimo Tassadar había solicitado que el portanaves luchara junto a su nave insignia, el *Gantrithor*, y así fue: las dos naves lucharon juntas con gran honor hasta el amargo final. Incluso después de la aparición de las nuevas, y supuestamente más eficientes, mantarrayas del vacío, el respeto que los protoss tenían por el *Koramund* era tan grande que la Gran Flota no se había animado a sacarlo de circulación, como había sucedido con tantos otros portanaves. El *Koramund* era, para laalu y para millones de protoss más, un símbolo poderoso de que las antiguas costumbres de Aiur no morirían jamás.

Ese símbolo ahora estaba en riesgo. El *Koramund*, perseguido por un grupo de zerg, caía en picada hacia una muerte violenta en el planeta Vanass, y el impacto era inevitable a menos que laalu arreglara los motores... y pronto.

—¡Por Khas! ¿Dónde estás? —chilló Tenzaal, la templaria que estaba a cargo de los

ingenieros durante la batalla. Como siempre, el tono agudo de su voz mental hizo que laalu se estremeciera. La vida de todos sería tanto más fácil si tan solo ella pudiera bajar el...

—¿Qué dijiste?

—Nada, templaria —respondió laalu. Tenía que tener más cuidado con sus pensamientos errantes, el enlace psiónico de su casco estaba configurado al máximo para permitir la comunicación en medio del barullo mental de la batalla—. En el túnel de acceso al motor, trepando por el empalme. Pronto tendría que ver la estación de relés.

—¡Date prisa! Los escudos están fallando, y nos queda un...

La nave corcoveó y tembló, sacudida por pequeñas explosiones. laalu se aferró a la escalera con ambas manos para no caer inevitablemente a la gravedad cero. Las sirenas sonaron al máximo de su capacidad.

—¡Interceptores destruidos! Gusanos gladia en el casco, los zerg penetran el puente...

Como si la hubiera cortado una espada psiónica, la voz de Tenzaal se apagó.

—¿Templaria?

Ajustó el enlace. A veces, se producían interferencias cósmicas aleatorias que interrumpían la comunicación. Pero, según el informe de su casco, la recepción era óptima.

Entonces laalu intentó ponerse en contacto con la mente a pesar de que sabía bien que, dadas sus capacidades psiónicas deficientes, era una misión imposible. Como miembro de la casta Khalai, el entrenamiento mental que tenía solo le alcanzaba para percibir apenas más allá de lo que lo rodeaba.

*«Tercer ingeniero a puente de comando, responde por favor. Tercer ingeniero a comando, responde...»*

Hubo una respuesta: una repentina ola de agonía tan intensa que hizo estallar los condensadores del enlace psiónico y le inundó la mente de dolor. Pasó una pierna por entre los peldaños de la escalera para impedir que la onda expansiva lo propulsara de vuelta al túnel.

«*Uhn dara ma'nakai; uhn dara ma'nakai*». Repitió un mantra khalani que había aprendido hacía mucho tiempo y se había convertido en su talismán en momentos de peligro. «*Uhn dara ma'nakai*». «*Nuestro deber es interminable*». Era lo único que le servía para crear una barrera contra el colapso mental absoluto.

«*Uhn dara ma'nakai...Uhn dara ma'nakai*». Poco a poco la cacofonía desapareció y su mente comenzó a respirar de nuevo, primero entrecortadamente hasta alcanzar un ritmo normal que le permitió comprender lo que acababa de suceder.

Muertos. Seguro que estaban todos muertos. La magistrada. Sus oficiales de alto rango. Tenzaal. Los zerg seguramente habían tomado el puente y masacrado a su tripulación. No había otra explicación para un pico psiónico de esa magnitud. Ninguna otra explicación para la angustia que había sentido. Habían arrancado sus voces del Khala y él tenía suerte de estar vivo después de haber recibido tanto tormento.

Esa matanza nunca debería haber sucedido. El mando de la flota había ordenado que el *Koramund* ayudara con su poder de fuego a las fuerzas protoss que estaban en medio de un combate sangriento con los zerg. Pero de camino al frente de batalla, el *Koramund* había detectado una llamada de auxilio de una colonia que se creía abandonada hacía mucho tiempo, en el planeta remoto de Vanass.

La llamada de auxilio había sido un engaño; el *Koramund* se había transposicionado justo en medio de un enjambre zerg. La retirada no era una opción. A los pocos minutos del ataque, no solo los compensadores de gravedad del *Koramund* estaban destruidos, sino que el relé del motor había fallado misteriosamente y la nave se había transformado en un pobre lombad desprotegido a manos de los zerg. Iaalu y su equipo prepararon los cazas rápidamente

mientras los corruptores y mutaliscos zerg castigaban al portanaves sin piedad hasta demoler las cubiertas de estribor. La mitad de la tripulación había muerto durante ese ataque, entre ellos los ingenieros primero y segundo.

Por jerarquía, ahora laalu era el encargado de reparar los motores. Tenzaal le había ordenado que fuera enseguida al túnel de acceso al motor, con lo cual el lanzamiento de los interceptores del *Koramund* había quedado a cargo de su subordinado, Sacopo. No importaba que los conocimientos de laalu sobre matrices de cristal y relés de encendido fueran, como mucho, mediocres. No había otro ingeniero vivo que conociera el portanaves mejor que él.

El daño que había sufrido su enlace psiónico empeoraba todo. Ahora que no lo tenían, no podía comunicarse con la tripulación de su nave, si era que alguno de ellos había logrado sobrevivir. El futuro del *Koramund* dependía de él y solo de él, el tercer ingeniero.

laalu se quitó de la mente los últimos ecos del chillido fatal. Hizo lo único que podía hacer para acelerar la llegada a la matriz del relé: dejó de trepar y dio una patada contra la pared para impulsarse hacia adelante.

La ingravidez traía aparejados sus propios inconvenientes. Un pequeño contratiempo o temblor repentino del túnel y podía salir disparado hacia atrás. Tendría que ser cuidadoso.

Sin saberlo, los atacantes zerg le dieron enviñ. Las explosiones que acribillaron el casco —gusanos gladia, sospechaba— lo aceleraron en la dirección correcta. Cada vez más cerca del empalme, se aferró a los peldaños de las escaleras que tenía a ambos lados. Con las piernas hacia adelante, se hamacó y, un par de enviones después, había logrado completar la curva pronunciada y recorría el último tramo de túnel hacia la matriz cristalina del relé.

O hacia donde la matriz debía estar.

No había luz al final del túnel. Ningún tipo de resplandor azul pálido, ni siquiera un destello del cristal que, supuestamente, estaba allí. No había nada más que oscuridad.

Era imposible. La magistrada Quordas había dicho que la matriz estaba allí y él le había creído. Ella no solo era la comandante del portanaves sino también una templaria de altísimo rango, capaz de sentir la presencia de cosas que él, que pertenecía a los khalai, no podía percibir. El Khala le había dado a Quordas una sensibilidad que él nunca tendría.

Iaalu impactó contra la pared de la estación de relés y se aferró a sus asideros mientras la fuerza de la colisión lo empujaba en la dirección contraria. Tenía todo el cuerpo estirado, de los pies a la cabeza y, por un momento, creyó que se desgarraría todos los músculos de los brazos. Pero aguantaron y pudo elevarse para meterse en la estación.

Una vez que pasó el peligro, encendió las luces que tenía en el casco para inspeccionar los componentes que había en el lugar. Los sensores de presión parpadearon cuando les pasó la mano por delante. Contó ocho cables de relé. No faltaba ninguno. Tocó el conducto de energía principal y lo sintió latir; las tuberías de purificación del múltiple le provocaron un cosquilleo, señal de que habían estado en funcionamiento. Estaba todo allí y, aparentemente, en buen estado. Todo menos una cosa: la matriz cristalina que conectaba los cables al conducto había desaparecido.

¿La magistrada Quordas se había equivocado?

Descartó la idea, agradecido de que su enlace psiónico se hubiera roto. Tener ese tipo de pensamientos era equivalente a ser un traidor. Tenía que concentrarse en el problema en cuestión. Era su deber como ingeniero y como khalai.

Evaluó sus opciones. Era imposible llevar energía a los motores sin una matriz especialmente diseñada, pero construir una nueva no era una posibilidad. No tenía ni el tiempo ni las capacidades psiónicas para plasmar el trazado cristalino de una matriz motora. Lo que sí podía hacer era manipular los cables, desconectar los elementos de impedancia y conectar los relés en el conducto principal, pero eso solo proporcionaría una pica de energía y después el aparato quedaría completamente frito.

No, necesitaba la matriz. Si realmente quería salvar a su amado *Koramund* de estrellarse en Vanass, la necesitaba *ahora*. ¿Pero en dónde se habría metido? Si el cristal se había roto, tendría que haber encontrado los fragmentos. Por el contrario, si alguien se lo había llevado de la estación, el registro de la nave incluido en el informe de su casco tendría que haber mostrado que alguien había penetrado la escotilla de acceso.

A menos que alguien —o algo— hubiera ingresado en el túnel por otros medios.

Apuntó sus focos al túnel. En la pared no se veía nada más que la escalera. Hizo que su casco rastreara fuentes de calor o señales de vida. Otra vez, los datos mostraban...

En la holopantalla apareció una luz roja que indicaba que algo se movía sobre su cabeza. Iaalu giró y retrocedió justo a tiempo para evitar una mandíbula destellante, llena de dagas puntiagudas, que se cerró con un chasquido. La intensidad de los focos le salvó la vida; el atacante huyó del haz de luz brillante chillando y siseando.

Había visto a esa especie zerg una infinidad de veces durante sus años de entrenamiento, pero de cerca los mutaliscos eran infinitamente más horrorosos. Una perversión desquiciada de dientes y garras, tenían dos alas de un material similar al cuero y ocho ojos repugnantes que brillaban de un color rojo anaranjado. Todo el cuerpo serpentino y escamoso estaba surcado por una línea de púas y terminaba en otra especie de boca llena de colmillos, la cloaca. De ese orificio baboso salió expedida una masa de carne puntiaguda que se retorció: un gusano gladia.

Iaalu se agachó y rodó. El gusano se estrelló contra la pared detrás de él y la explosión subsiguiente lo envió volando en la dirección contraria. Iaalu intentó aferrarse a algo que mitigara su caída libre. Como no pudo alcanzar la escalera, tuvo que echar mano a lo único que pudo: el borde de una de las alas del mutalisco.

La criatura se retorció intentando sacárselo de encima con un sacudón. Mientras descargaba su frustración con chillidos ensordecedores, Iaalu llegó a ver un resplandor único,

pálido y azul, atorado en su garganta. Lo reconoció de inmediato. Era el resplandor de la matriz cristalina del relé.

De algún modo, el mutalisco había logrado atravesar las defensas de interceptores y se había deslizado hacia el túnel del portanaves. Y por más estúpida que se creyera que era esta especie zerg, el mutalisco había tenido la inteligencia —o el hambre— suficiente para tragarse la matriz cristalina.

Fuera cual fuera la razón, él ahora tenía una oportunidad. Si lograba sacar la matriz de la garganta de la criatura, quizá pudiera reparar los motores del *Koramund* y llevarse la nave bien lejos de allí.

El portanaves volvió a sacudirse, esta vez con tanta fuerza que no solo laalu sino también el mutalisco salieron volando hacia la estación de relés. El mutalisco se retorció, chillando de dolor y disparando una andanada de gusanos gladia. Los gusanos se adhirieron a las paredes uno tras otro, *bum-bam-bum*, y las múltiples explosiones abrieron huecos en el casco. El túnel se iluminó, no con la luz tenue de mil millones de estrellas sino con el resplandor del día.

En la confusión, laalu creyó distinguir la forma de continentes y océanos más abajo. El *Koramund* debía estar atravesando las nubes de Vanass. El impacto era inminente.

laalu no tenía las habilidades de combate de un zelot y sus garras estaban desafiladas después de años de desuso. Pero tenía cabeza de ingeniero, entrenada para evaluar y corregir situaciones con las herramientas disponibles. Y quizás en ese momento, él tenía en sus manos precisamente la herramienta que necesitaba.

Quitó una de las manos del ala y casi se le soltó la otra cuando el portanaves volvió a sacudirse a causa de la turbulencia atmosférica. Pero con los dedos pudo alcanzar un hueso y logró treparse al ala. En medio de la maniobra, le dio una patada a la parte central de la boca de la cola.



La criatura chilló y retorció su cloaca en venganza con el esfínter ya preparado para expulsar un gusano gladia. Ahora que había perdido la protección que le daba el ala del mutalisco, laalu había quedado a merced de ese horrible apéndice.

Lo cual era lo que había previsto. Se soltó del hueso del ala y se dejó caer justo antes de que el gusano saliera disparado hacia donde él estaba. O, en realidad, a donde *había* estado.

Durante el entrenamiento, laalu había aprendido que el gusano gladia no era más que una máquina orgánica. Lo único que lo motivaba, su único placer, era atravesar a su objetivo y explotar en el impacto para desparramar todas sus partes. Esa era la razón de existir de los gusanos gladia, para eso los habían perfeccionado los zerg, para eso habían modificado hasta su mismísimo ciclo vital. El útero de los mutaliscos estaba genéticamente modificado para que cada gusano alcanzara la madurez plena justo en el momento en que impactaba contra su objetivo; de ese modo, infligían el máximo daño.

Este gusano en particular, vivió unos momentos más de lo que indicaba su diseño. Mientras surcaba el espacio que antes había ocupado laalu se puso del color verde brillante de la madurez, listo para detonar pero carente de la inteligencia necesaria para cambiar de trayectoria y localizar a su verdadero objetivo. Después de atravesar el ala delgada del mutalisco, el ciclo vital del gusano siguió su curso normal: adoptó la tonalidad esmeralda de la mediana edad, empezó a marchitarse con el verde petróleo de la senectud hasta que finalmente se estrelló contra el abdomen del mutalisco.

Los ocho ojos del mutalisco se encendieron con una furia infernal cuando el gusano encontró su destino final. Desprovista de consciencia, la pobre máquina orgánica no tenía idea de que se había incrustado en su propio padre; se limitó a cumplir con su cometido y estalló en el impacto: de una a otra boca espinosa.

La explosión volvió a lanzar a laalu a la estación de relés. Con un movimiento brusco de los brazos, enganchó un codo en un cable para no rebotar. Pero eso no impidió que quedara

cubierto en sangre de mutalisco. El fluido ácido repugnante neutralizó sus escudos defensivos y comenzó a carcomer su traje antirradiación. Rápidamente, laalu se soltó el escudo delantero, se lo quitó y usó la malla para limpiarse la baba del casco.

Un resplandor pálido le dio la bienvenida. Flotando como una enana azul en medio de una constelación de gotas de sangre, estaba la matriz cristalina.

laalu atravesó la nube roja con el brazo y tomó el cristal sin frenarse a evaluar sus propias heridas. El ácido le crepitaba en la piel y se abría camino hasta la carne. Los músculos se cocinaban; las células se evaporaban. La agonía era insoportable. «*Uhn dara ma'nakai; Uhn dara ma'nakai.*» Si pudiera hacer funcionar los motores, dejaría de sufrir. Sin un traje antirradiación, el masivo intercambio de iones que lo inundaría lo dejaría felizmente inconsciente.

La gravedad del planeta se apoderó por completo de la nave que comenzó a girar mientras caía en picada. Ya no se veían los océanos a través de los agujeros del casco: laalu pudo ver fugazmente un bosque de coníferas baleh. Faltaba muy poco para que el *Koramund* se estrellara.

«*Uhn dara ma'nakai.*»

Volvió a configurar los sensores de presión, soñando con las colinas Shreka que veía en las curvas del portanaves. Conectó los relés al cristal siguiendo el mismo patrón octogonal que usaba para conectar los relés de los interceptores de la nave. Insertó el conducto de energía principal en el centro del cristal sin dejar de susurrarle su mantra a esa chispa especial que, él sabía, todavía permanecía en los cables... o al menos eso esperaba.

Funcionó. El cristal se iluminó con un color azul brillante cuando la energía fluyó por el trazado de la matriz. Segundos más tarde, los motores volvieron a la vida. laalu, por su parte, esperaba con ansias el momento de la muerte inevitable después de la lluvia de iones.

Pero nunca llegó.

Sin previo aviso, los relés se soltaron, el múltiple chisporroteó, el zumbido del motor se apagó y la matriz cristalina explotó, bañándolo con astillas en lugar de iones.

Iaalu cayó sobre la montaña de cables mientras el *Koramund*, la maravilla extraordinaria de los protoss, se estrellaba contra la copa de los árboles de Vanass y se transformaba en un fantasma más de su gran desesperación.

\*\*\*

Según las enseñanzas de Khas, la luz —una luz radiante, vigorizante, dichosa— inundaría a todos los comunicantes que entraran en la última etapa de su vida actual para alumbrar el comienzo de la siguiente.

Iaalu se despertó en medio de la oscuridad. Oscuridad y dolor. Un dolor atroz.

La piel se le resquebrajaba cuando intentaba moverse. Las corrientes de aire que le pasaban sobre el pecho lo quemaban como si fueran lenguas de fuego. Le latía la mano derecha. Le dolía la planta del pie izquierdo. Órganos que ni siquiera sabía que tenía se anunciaron con destellos de agonía. Sentía como si lo hubieran asado de adentro hacia afuera.

Eso estaba muy lejos de la dicha que Khas había prometido. O había caído en el Vacío  
o...

¿Estaba vivo?

Imágenes, recuerdos, pesadillas, todo empezó a volver. El túnel. El mutalisco. La sangre.

Tendría que estar muerto.

Por algún motivo, no era así. De algún modo, había sobrevivido. En carne viva, expuesto, medio consumido por el ácido... pero vivo.

¿Cómo?

El casco. Gracias a su protección, su cerebro y sus cuerdas nerviosas se habían salvado de la licuefacción. Pero eso solo no podía haberlo salvado de...

El choque. A eso no podía haber sobrevivido. Era absolutamente imposible que una nave pudiera caer en picada desde la órbita, alcanzar velocidad terminal y soportar el impacto con el planeta. Ni siquiera una tan especial y celebrada como el *Koramund*. El portanaves y su tripulación tendrían que haber muerto en la violenta colisión. Él debería ser cenizas.

Debería. La incineración habría sido un destino mucho más piadoso que lo que estaba sufriendo ahora, quemado con ácido zerg y sediento de luz.

Escrutó la oscuridad con la esperanza de que los ojos se le acostumbraran a la poca luz. Un solo haz o rayo le levantaría el ánimo y aliviaría un poco su dolor. La luz era la esencia de los protoss. La luz era la fuente de su sabiduría y energía. La luz era lo que les daba vida.

La oscuridad era total. En poco tiempo, la sed comenzaría a enloquecerlo, si es que ya no estaba loco.

¡El casco! Sí, el casco generaba luz. Emitió un pensamiento para encender los focos. El informe holográfico no apareció pero la luz parpadeó y después quedó encendida, y él absorbió todos los fotones que pudo como si fueran agua.

Se dio cuenta de que estaba enredado con cables encima de la estación de relés, con el túnel de acceso al motor sobre la cabeza. El portanaves se había dado vuelta durante el impacto pero estaba casi intacto. Por los orificios del casco entraban ramas anchas de baleh y la escalera ahora estaba cubierta de piñas en flor.

Quizá los árboles habían amortiguado de algún modo la fuerza de la caída. ¿O estaba alucinando?

Trató de comunicarse con la mente en busca de otras presencias en el Khala. Si bien sus capacidades psiónicas eran limitadas y se encontraban aun más disminuidas por el dolor, tendría que poder recibir una impresión general de cómo le había ido a la tripulación.

Nada. Ni un eco. Ni un zumbido. Ni siquiera una sensación rudimentaria de vida. El Khala estaba silencioso y oscuro.

El corazón se le encogió. Posiblemente fuera el único sobreviviente.

Se quedó allí, pensando en su destino durante horas, tal vez días; era difícil tener una percepción clara del tiempo en su condición. Podría haberse quedado allí postrado hasta que la muerte volviera en su busca si no hubiera sentido un cosquilleo.

Era tan leve que casi no lo percibió. Le subió por el brazo izquierdo, que estaba apoyado sobre el conducto de energía principal, y le llegó de a intervalos, rítmicamente, sin el dolor de las quemaduras con ácido.

Un pulso. Había un pulso que circulaba por el conducto. Leve y mortecino. Pero vivo. Había energía en esa línea. La chispa del *Koramund* no había muerto. No todavía.

Tenía que hacer algo. Amaba al *Koramund* más que a nada en el mundo. El portanaves le había regalado una carrera y la oportunidad de ser parte de su leyenda. Tal vez podría salvarlo de la invasión de los árboles baleh y la podredumbre de los infestadores que con toda seguridad anidarían allí. Tal vez, en algún lugar de la nave, podía encontrar una forma de poner en marcha los motores. Tenía una obligación con este portanaves y su tripulación, si era que alguien había sobrevivido: la obligación de hacer todo lo que estuviera a su alcance, aunque las posibilidades de éxito fueran muy remotas.

Con gran esfuerzo, logró reunir las fuerzas para desenredarse de los cables del relé y se puso de pie. Se le resquebrajó más piel que cayó como copos de nieve, dejando la delicada carne expuesta. Pero cuando apretó el conducto y sintió el latido del *Koramund*, por más débil

que fuera, olvidó su dolor.

Tomó una rama de baleh y comenzó a trepar por el túnel.

\*\*\*

La enorme fuerza de gravedad de Vanass hizo que su ascenso fuera casi insoportable. No podía flotar ni propulsarse en la dirección deseada como había hecho cuando estaban en órbita. Tenía que subir con la ayuda de la escalera y el árbol. Las ramas ásperas le irritaban las palmas quemadas de las manos. Cada vez que se aferraba a una sección de la escalera que no estaba invadida por los árboles, se le desprendía otra capa epidérmica. La poca piel que le quedaba, se le desprendió durante el ascenso. No quería mirar, pero sabía que el ácido lo había dejado en carne viva.

*«Uhn dara ma'nakai»*. Le salió sin pensarlo. Por instinto. *«Uhn dara ma'nakai»*.

Recordó la primera vez que había oído esas palabras. Las había pronunciado Rimmicu, un templario al que había ayudado durante sus primeros años de servicio. Los zergueznos se habían llevado no solo a toda la unidad de Rimmicu, sino también sus extremidades. Pero el templario no había dejado que la mutilación le impidiera seguir cumpliendo con su deber. Canalizó su dolor y lo transformó en pura voluntad; y esa voluntad era el músculo que pilotaba la plataforma flotante que laalu había creado para él a partir de partes de interceptores.

*«Uhn dara ma'nakai»*. Rimmicu tenía tanta fe en esas palabras que desafió al Comando y volvió al campo de batalla, donde había perdido tanto. Para satisfacer su sed de venganza, cazó y mató a todos los zergueznos que pudo encontrar hasta que encontró su propia muerte entre las fauces de una reina zerg.

*«Uhn dara ma'nakai»*. "Nuestro deber es interminable", solía cantar Rimmicu.

laalu no tenía la resistencia ni la disciplina del templario. No podía transformar su

sufrimiento en un arma de guerra. Como ingeniero, tenía otro tipo de capacidades. Su fuerte eran las herramientas, no las armas, y esa era la forma en que debía dominar su dolor. Tenía que manipularlo como una herramienta y usarlo como incentivo, como motivación. Como recordatorio de lo afortunado que era de sentir dolor y estar entre los vivos.

Llegó al empalme del túnel y se elevó sobre el borde. Descansó solo un momento antes de ponerse de pie.

El choque había aplanado toda esa parte del túnel, así que no tenía que trepar, podía caminar. O cojear. Sus piernas se negaban a moverse más rápido.

Cuando abrió la escotilla y vio el horror que había afuera, laalu deseó que sus piernas directamente no hubieran respondido.

\*\*\*

Cadáveres y partes de cuerpos yacían desparramados en todos los corredores. Cabezas, extremidades, torsos, todos en diversos estados de mutilación y podredumbre. Muchos de ellos eran sus amigos, sus queridos amigos, que habían sobrevivido al impacto pero no a lo que había venido después.

Eso había sido obra de los zerg. Todo lo que no habían devorado había quedado plagado de marcas de garras y dientes. Espinas punzantes clavaban brazos y piernas a las paredes. Los charcos de ácido alrededor de órganos vomitados mostraban la digestión frustrada. Las cuerdas nerviosas parecían ser una de las partes favoritas de los zerg, tal vez incluso una exquisitez: las habían arrancado de todos los cráneos protoss con los que que laalu se topó.

El ingeniero jugueteó nerviosamente con sus cuerdas. El salvajismo de los zerg explicaba por qué no había sentido siquiera los últimos ecos de la muerte de sus compañeros de tripulación. Sus mentes se habían visto abruptamente cercenadas del Khala. laalu rezaba por que encontraran rápidamente la dicha y la nueva vida.

Una vez cada tanto, había entre los restos de la tripulación un cadáver de zerguezno que mostraba signos de electrocución con una llave psiónica o que había recibido una golpiza brutal con una tenmaza. Qué repulsivas que eran las criaturas cuando se las veía cara a cara. Ofendían el sentido de diseño. Los apéndices curvos que les salían del cuello eran disonantes, como si alguien los hubiera sacado de un organismo más grande y los hubiera injertado torpemente en el cuerpo de los zergueznos. Obviamente, ese era el principio fundamental de la mutación zerg: incorporar las partes más horrosas de diversas especies para crear algo más horroso aún. En esa versión deformada de la evolución, los zergueznos eran una maravilla. A laalu le parecían repulsivos.

No tenía idea a dónde se había ido el resto de las manadas de zergueznos. Lo más probable era que, después de destrozarse la flota, hubieran abandonado la nave. Eso esperaba. No creía poder hacerle frente a un zerguezno, y mucho menos en la condición en que estaba.

Lo que realmente lo inquietaba era que, entre los muertos, no había visto ni un solo miembro de la casta de los Templarios. Todos los muertos eran khalai —ingenieros, científicos, enfermeros y mecánicos— que aparentemente habían quedado librados a su suerte. El hecho de que esos khalai hubieran matado a semejante cantidad de zerg era testimonio de su audacia y su inventiva. La actitud indómita de sus hermanos frente a un panorama tan sombrío profundizó su propia determinación de sacar al *Koramund* de Vanass. Los demás protoss tenían que conocer esa historia que ya era épica.

Respecto a los templarios, no le importaba si quedaban en el olvido. Habían jurado proteger a los khalai con su vida pero no había ningún indicio de que se hubieran molestado en participar en la defensa de sus colegas y amigos.

laalu aceleró la marcha coja hasta las cámaras de meditación, impulsado por la ira.

\*\*\*

Raíces blandas de sammuro silenciaban los pasos de laalu. El corredor estaba



alfombrado con ese material para que los que pasaban no distrajeran a los zelots y templarios que meditaban en las cámaras cercanas. Cuando no estaban en combate ni debían realizar otras tareas relacionadas, los templarios iban a esa sección del portanaves a ejercitar, descansar y poner el cuerpo y la mente en sintonía con el Khala.

Seguramente la mayoría había muerto ahí.

Había sido demasiado apresurado de su parte cuestionar así la lealtad de los templarios. Al final del corredor principal que llevaba a las cámaras de meditación había un mamparo destrozado con un zelot aplastado entre los escombros. Los pasillos cercanos estaban igualmente destruidos. Los zerg no solo habían saboteado los motores del portanaves, también habían destruido los niveles donde se encontraba la dotación completa de guerreros protoss.

Esto no parecía una simple emboscada afortunada de los zerg. El diseño interno de cada uno de los portanaves era distinto y reflejaba la creatividad del equipo de diseño. Que los corruptores hubieran encontrado las cámaras de meditación tan pronto demostraba que conocían bien al *Koramund*. ¿Habría un informante en la tripulación?

No tenía ni idea lo que significaban sus sospechas pero a laalu no le gustaba tenerlas. Él era ingeniero, su trabajo era devanarse los sesos frente a una montaña de circuitos y cables defectuosos, no frente a los planes nefastos de los zerg. Ya se había equivocado al juzgar a los templarios. Quizá sus dudas eran señal de que estaba perdiendo la cabeza. O tenía el síndrome del superviviente. Algún tipo de trauma emocional por la carnicería salvaje de la que había sido testigo.

laalu apoyó la mano en un conducto expuesto para sostenerse. El pulso anémico del *Koramund* lo consoló. No estaba solo. El *Koramund* estaba vivo con él. Se lo decía el latido de su corazón.

¿Pero era su corazón? ¿Dónde estaba esa chispa única que todavía le daba vida? Si lograba descubrirlo, tal vez eso le daría una pista de cómo reparar los motores.

Estiró los dedos para sentir la dirección de la corriente. El pulso parecía dirigirse hacia el relé del motor. Recorriendo el conducto con la mano abierta, fue en la dirección contraria, en busca de la fuente del pulso.

\*\*\*

Iaalu se tranquilizó cuando el conducto lo llevó hasta el hangar principal. También se le aplacó un poco el dolor. Si bien todavía no había llegado al punto de origen del pulso, se tomó un momento para examinar un poco el hangar —su hangar— quizá por última vez.

Conocía todas las grietas y rincones de ese lugar, todas las herramientas de todas las paredes, todos los rayones de todos los paneles y la forma en que estaban ajustados todos los pernos y todas las tuercas. Podía elegir la llave de fases del calibre indicado entre las miles que estaban en la mesa de trabajo sin siquiera mirar; y ajustar las mangueras de vespeno justo lo necesario para que duplicaran la capacidad de los tanques cómodamente.

Él vivía en la sección de tripulación pero el hangar era su hogar. Era donde pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia, construyendo y reparando su joya más preciada, los legendarios interceptores del *Koramund*, que estaban ahí, en sus cunas de abastecimiento, tan brillantes y resplandecientes como cuando los había dejado.

Los dedos se le resbalaron del conducto. Cerró los ojos. ¿Había estado soñando? Despejó la cabeza y volvió a mirar.

Todos los interceptores estaban atracados, con las mangueras de abastecimiento conectadas y sin ninguna abolladura.

Había algo que no estaba bien. Para nada bien. Esos interceptores habían sido destruidos. Tenzaal se lo había dicho cuando él estaba trepando por el túnel de acceso. Aun si uno o dos hubieran sobrevivido milagrosamente a las fuerzas zerg y conseguido volver al portanaves, era imposible que estuvieran en ese estado prístino, no sin todos los recursos y el

talento de la tripulación.

No sin *él*.

Arrastrando los pies, se subió a uno de los interceptores, el que había bautizado *N'rithaa*, su "pequeña flecha". Apoyó la mano sobre el cañón de plasma. El metal frío le calmó el ardor de las quemaduras.

Entonces vio los cuerpos detrás del cañón y supo que no estaba soñando.

No soportaba mirarles la cara, a pesar de que, de todas formas, los reconocía. Yaiino, Wotarra y Palmet, los pasantes de ingeniería que habían trabajado bajo su mando con gran destreza y la mayor dedicación. Y Sacopo, el arrogante, el bullicioso, que era un siglo más grande que laalu y hubiera llegado a tercer ingeniero de no haber sido por sus discusiones tontas con Tenzaal. Su cuerpo regordete estaba colgando sobre el podio de control de lanzamiento con las cuerdas nerviosas amontonadas como gusanos a sus pies. Una sola herida, ya cauterizada, le había perforado el cráneo.

laalu volvió la mirada a los otros cuerpos, las caras que había estado evitando. Todos tenían heridas similares: agujeros profundos ya cauterizados que les atravesaban todo el cráneo. Ni una gota de sangre.

Los zerg nunca eran así de limpios. Eso había sido obra de una espada psiónica.

Volvió a revisar el hangar y lamentó tener los focos encendidos. El haz de luz cayó sobre tres criaturas serpentina que salían a la rastra del túnel por el que él acababa de emerger. Los hidraliscos zerg lo vieron y sisearon mientras abrían las placas del caparazón para lanzarle espinas punzantes venenosas.

laalu apagó sus focos y se refugió detrás del *N'rithaa*. Las espinas le pasaron silbando por sobre la cabeza y se clavaron en el casco de otro interceptor.

No iba a poder esconderse detrás del *N'rithaa* por demasiado tiempo. Pero en el estado en que estaba casi no podía caminar, mucho menos correr. Las herramientas que mejor servían para la batalla eran las llaves psiónicas pero estaban en la otra pared, cruzando el hangar. Y aun si lograba conseguir una, no había posibilidad en el Vacío de que pudiera electrocutar a los tres hidraliscos. Tenía que encontrar un arma más potente o estaba muerto.

El *N'rithaa*. Estaba ahí, esperando oxidarse. Su metal frío ansiaba el calor de la acción.

Desconectó las mangueras de abastecimiento de un tirón y accionó la palanca de emergencia que estaba en la parte de abajo del interceptor. Si bien el *N'rithaa* no despegaba sin una orden directa del puente del *Koramund*, los cañones eran operativos gracias al circuito de control de disparo independiente que él había instalado. La capacidad de ese interceptor de seguir disparando aun si el enemigo había cortado la señal de conexión con el comando o destrozado su cerebro robótico era precisamente la razón por la que él lo llamaba "pequeña flecha".

Cuando los hidraliscos rodearon al interceptor, los sensores de selección de objetivo del *N'rithaa* los enfocó a ellos. Iaalu salió rengueando del hangar acompañado por los chillidos y el chisporroteo de los zerg impactados por el plasma.

\*\*\*

El conducto lo llevó hacia abajo, a la columna vertebral del portanaves, en dirección a un par de puertas a las que nunca se había animado a acercarse. Eran puertas macizas de árboles kwai-leh de la vieja Aiur, un artículo de lo más exótico y lujoso desde la caída del planeta. En la madera, había talladas escenas pastorales que recordaban otros tiempos más felices y sencillos antes de los muchos años de guerra. Las puertas no tenían ni manija ni traba y la entrada estaba bloqueada a todos menos a la única que conocía la orden mental para abrirla.

Eran las puertas de los aposentos de la magistrada Quordas. Cuando Iaalu se acercó, se abrieron.

Él sabía que, como khalai, no tenía permitida la entrada más allá del umbral. Pero el pulso se originaba en esas habitaciones. Sentía la corriente que pasaba las puertas, adentro, donde...

Iaalu vio algo que nunca jamás podría haber imaginado, ni en mil rotaciones.

Dos protoss se tambaleaban en dirección a la puerta, trenzados en un abrazo feroz. Una era Tenzaal, cuya muerte él juraba que había oído en el Khala, y la otra era...

*¿La magistrada Quordas?*

Iaalu trastabilló hacia atrás. Eso no era un abrazo. Era una lucha primitiva, y Tenzaal iba ganando. Tenía activada su espada psiónica y su luz confirmó lo que él no había podido sentir en el Khala: su oponente era, efectivamente, Quordas, comandante consagrada del *Koramund*, aunque su rostro, antes majestuoso, ahora estuviera surcado por tajos profundos y se vieran nudos de hueso blanco donde antes habían colgado unas cuerdas nerviosas largas y hermosas.

—Tenzaal, ¿qué estás ha...? —Iaalu casi no podía pensar, la sorpresa lo había dejado helado.

*«¡Estúpido khalai! Tendrías que haberte quedado muerto»*, chilló Tenzaal mientras le clavaba la espada psiónica a la magistrada en el abdomen.

Quordas abrió los ojos bien grandes y comenzó a perder el color de la piel a medida que la espada psiónica absorbía su luz interior. No gritó cuando se derrumbó. Como había perdido las cuerdas nerviosas, tuvo una muerte silenciosa en el Khala que salvó a Iaalu de tener que oír el eco ensordecedor que seguramente habría tenido lugar.

De lo que no lo salvó fue de la conmoción. Ese asesinato era impensable. Tenzaal era una templaria, una de las tenientes más cercanas de Quordas, e incluso iba camino a convertirse ella misma en magistrada algún día.

Era una traidora.

—Por favor, khalai, ahórrame tus pensamientos ignorantes. —Le apuntó con su espada psiónica—. Ahora lo único que tienes que hacer es arrodillarte ante mí y te daré una muerte rápida y sin dolor.

De pronto, un siseo áspero a sus espaldas le ahorró a laalu tener que tomar una decisión.

Se tiró de cabeza al camarote de la magistrada, por primera vez en su vida agradecido con los zerg. Las espinas le pasaron sobre la cabeza e impactaron en Tenzaal. A diferencia de Quordas, ella sí gritó en el Khala.

A diferencia de Quordas, ella sobrevivió.

La intensidad del grito hizo que laalu se encogiera en un gesto de dolor. Estaba maravillado con el modo en que los escudos de Tenzaal se torcieron pero resistieron, fortalecidos por su fuerza psiónica. Con un solo giro, se sacudió todas las secuelas de las espinas. Activó su segunda espada psiónica y se volvió hacia el hidralisco con quemaduras de plasma que estaba de pie en la puerta. Seguramente había sobrevivido a los cañones del interceptor.

—Rezagado. Mandé a los tuyos al bosque a morir.

Las placas del caparazón del hidralisco se abrieron para disparar otra andanada. Tenzaal no perdió el tiempo. En una confusión de golpes, desvió o destruyó cada una de las espinas y después aterrizó frente al hidralisco y le cercenó uno de los brazos en forma de hoz.

Mientras se refugiaba nuevamente en la oscuridad, laalu casi sintió pena por el zerg. Casi.

*«Uhn dara ma'nakai.»*

Se detuvo. Esta vez no había sido él el que había pensado el mantra. Había venido de otra mente.

«*Uhn dara ma'nakai.*»

La magistrada Quordas lo miraba. Todavía le brillaba una luz tenue en los ojos, una luz que reflejaba el brillo del amuleto de cristal que tenía aferrado y a través del cual proyectaba sus pensamientos.

Iaalu sabía que los templarios de alto rango llevaban con ellos amuletos como lentes de su psique. Esos amuletos siempre tenían cristales khaydarin excepcionales y deslumbrantes, artefactos de los antiguos xel'naga y emblemas dignos del rango de los templarios. El cristal khaydarin de Quordas era pequeño, oblongo, irregular y de un material turbio, no exactamente el tipo de cristal que uno conservaría ni se colgaría como pendiente, ni siquiera valía la pena extraerlo si uno se lo encontraba en un campo de minerales. Por más opaco que fuera, el resplandor del khaydarin latía con una cadencia que él conocía bien, la misma que fluía por los conductos y que lo había guiado por los pasillos.

Ese cristal opaco y aparentemente insignificante no podía ser sino la chispa del portanaves. Quordas tenía en la mano el corazón del *Koramund*.

«*Uhn dara... ma'nakai*», le suspiró a iaalu la mente de la magistrada y luego se le oscurecieron los ojos. La muerte le relajó los dedos. El amuleto cayó al suelo y rodó en dirección a él.

—Toca ese cristal y sufrirás una muerte que te perseguirá hasta la próxima vida. Encaramada sobre el cuerpo del hidralisco, que se retorció, Tenzaal le echó una mirada fulminante mientras clavaba la espada psiónica en el cráneo de la criatura una última vez.

Iaalu le devolvió la mirada sin miedo. La verdad era que no podía hacerlo sufrir más de lo que ya había sufrido.

Estiró la mano para recuperar el amuleto.

Tenzaal saltó del cadáver y salió disparada hacia donde él estaba. Su traje energético la propulsaba y sus habilidades psiónicas le daban flotación, así que viajaba casi a la velocidad del pensamiento.

Iaalu ya había desaparecido cuando ella aterrizó.

\*\*\*

El cristal khaydarin le dio sustento. Le dio fuerzas. Le dio velocidad. Lo hizo sentirse... *iluminado.*

En lo que no pudo ser más que un abrir y cerrar de ojos, salió por la escotilla de acceso a los motores y llegó al empalme del túnel, donde usó el brillo del amuleto para ver...

Un bosque.

Las piñas de baleh habían germinado y florecido sin agua ni luz solar. El túnel estaba completamente cubierto de ramas, el follaje era tan espeso que Iaalu no veía la estación del relé que estaba más abajo. Apenas había podido encontrar la escalera.

*«Te mataré. Te mataré. Te mataré.»*

Los pensamientos de Tenzaal lo perseguían, con tanto ensañamiento que casi alcanzaban por sí solos para cumplir con la amenaza. Estaba cada vez más cerca. Iaalu se aferró a un escalón y comenzó a bajar la escalera.

No había avanzado demasiado cuando una rama le pegó en la cuerdas nerviosas con la fuerza de un ladrillo. La apartó pero, de inmediato, un grupo de raíces de piña se le enredó en las piernas y otra rama abrió su follaje como una garra. Lo tomó del brazo y lo arrancó de la escalera.



laalu quedó suspendido en el aire, prisionero del baleh. Más ramas extendieron sus garras de hojas hacia él... hacia lo que tenía en la mano.

Querían el cristal khaydarin.

laalu luchó y lo único que consiguió fue que las raíces lo apretaran aún más. De las cavidades de una rama brotó una sabia repulsiva. Un poco de esa sabia le chorreó por el pecho y lo quemó como... *¿sangre de mutalisco?*

Seguramente los zerg habían infiltrado el genoma del baleh y lo habían mutado. Porque por más irracionales que fueran, los zerg sabían perfectamente lo que era ese cristal. Sabían lo que podía hacer.

Apretó el amuleto con las dos manos. Los zerg tendrían que despedazarlo para conseguirlo.

*«Matar matar matar...»*

Tenzaal comenzó a bajar las escaleras a toda velocidad, abriéndose camino con las espadas psiónicas. Las raíces y ramas se retiraron para evitar quedar expuestas a la furia de la templaria. De pronto, laalu quedó libre.

Ahora caía. Caía hacia la estación de relés. Como el follaje del baleh se había replegado, la veía.

—Ni se te ocurra.

Tenzaal lo agarró del brazo y lo estrelló contra la pared. El impacto fue seco y laalu cayó hasta el fondo.

El golpe debería haberlo matado. Habría matado a cualquier khalai común y corriente.

Pero en las última horas, o días, laalu había sobrevivido cosas peores. Mucho peores. Y si había algo que había aprendido era a soportar los golpes. Para eso no necesitaba la ayuda del cristal.

Se levantó y caminó hasta la estación de relés. Ya había reunido los ocho cables del relé y la línea del conducto de energía principal cuando Tenzaal aterrizó del otro lado.

Estaba de pie frente a él con una mirada feroz y las espadas psiónicas listas para atacar, pero no se movió. Los que sí comenzaron a moverse en dirección a ella fueron los iones libres del túnel. Tenzaal estaba invocando un poder que solo los templarios poseían, una tormenta psiónica capaz de aniquilar no solo a él sino al túnel del motor entero y a una buena parte del portanaves.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó laalu tratando de demorarla mientras él conectaba las matrices lo más rápido que podía. A pesar de que el cristal khaydarin era irregular y estaba tallado sin refinamiento, se conectaba con las terminaciones de los cables como si hubiera estado especialmente pensado para ese fin—. ¿Te has pasado al lado oscuro?

—¿Yo, una templaria oscura? ¿A ti te parece que me he cortado las cuerdas? —El halo a su alrededor brillaba, lleno de energía—. No, khalai, no sientes mi mente porque yo elijo esconderla de los débiles como tú. Pero ya no vale la pena el esfuerzo. Aquí tienes, echa un vistazo.

Liberó sus pensamientos en un torrente que reventó contra la mente de laalu y lo dejó temblando. Tenzaal no se guardó nada, le reveló hasta el más mínimo detalle de su traición: desde el momento en que descubrió el enjambre zerg en Vanass, hasta el pedido de auxilio que ella había fabricado, la rejilla de ventilación del motor que había dejado abierta, las muertes protoss que había provocado... todos los eslabones de una cadena de razonamiento que terminaba en la punta de una daga apuntada directo al corazón de lo que él más amaba.

—Entonces... entonces quieres destruir el *Koramund*.

Todas las extremidades de Tenzaal ahora estaban cruzadas por líneas de energía psiónica. En breve tendría suficiente energía para matarlo de una explosión mental.

—Las formas de combate en la guerra han evolucionado, khalai. El *Koramund* y los demás portanaves de su tipo son reliquias de un pasado nefasto. Son armatostes ineficientes y carentes de armas que consumen recursos valiosos de la flota y ponen a buenos templarios en riesgo innecesario. Los zerg han luchado contra nuestros portanaves tantas veces que ya conocen el diseño de cada uno de ellos de memoria, conocen sus debilidades, sus grietas. Nuestra derrota aquí en Vanass, al igual que muchas otras de nuestras derrotas recientes, demuestran que el conocimiento que los zerg tienen de estas naves ya es instintivo, lo llevan en los genes.

—¿Y por eso ibas a dejar que lo destrozaran?

—¡Porque nuestra gente se niega a hacerlo, khalai! Y su nostalgia nos está costando la guerra. Pierden tiempo invaluable en solemnizar el pasado cuando deberían estar preparándose para el futuro. Si el amor que le tienen a estas chatarras viejas y lentas les impide deshacerse de ellas, alguien tiene que tomar la iniciativa y cortar el cordón umbilical por ellos.

Tan concentrado estaba laalu en tratar de entender que casi arruina la conexión del séptimo cable. ¿Habría algo de verdad en la locura de Tenzaal? ¿Acaso él, como muchos otros protoss, estaba permitiendo que sus sentimientos por el *Koramund* y su legado le impidieran ver con claridad qué era lo que realmente necesitaban para ganar esa guerra?

El último cable del relé tironeaba hacia el cristal, que lo atraía como un imán. Pero laalu los mantuvo separados.

—Si eso era lo que querías, ¿por qué me mandaste a arreglar los motores? —preguntó.

—Necesitaba que estuvieras lejos de los interceptores. Sospechaba que habías implementado algún diseño propio que podría arruinar mis planes. No me esperaba que

arreglaras la nave y la rescataras del olvido. Me has complicado mucho las cosas, khalai.

—Y tú mataste a mi equipo.

—Era un mal necesario. —Estaba convencida. Y no mostraba ni una gota de arrepentimiento. Todo su cuerpo palpitaba de energía pero en sus ojos laalu sólo veía oscuridad.

No necesitaba ser templario para saber que los *males necesarios* no eran el estilo de Khas.

La magistrada Quordas, Yaiino, Wotarra, Palmet, Sacopo y el resto de la tripulación habían servido con dignidad durante toda su carrera. Merecían un destino mejor.

—Eres una asesina.

La mente de Tenzaal hizo un sonido explosivo. Millones de iones comenzaron a girar en torno a la templario, sus extremidades, su cuerpo, sus cuerdas nerviosas.

—Cuando la guerra termine, los preservadores me recordarán como una salvadora.

Estiró un brazo en dirección a él y laalu sintió la atracción de la tormenta en cierne como si hubiera un vacío a punto de succionarle toda la luz. Aferró el amuleto de la magistrada contra el pecho.

«*Uhn dara ma'nakai.*»

Con todas sus fuerzas, presionó el conducto de energía principal contra el centro del cristal. Si su estrategia funcionaba, los motores tendrían que arrancar, sacar al *Koramund* de Vanass y transformar tanto a él como a Tenzaal e polvo de estrellas.

No pasó nada.

Tenzaal se rió.

—Pobre khalai, tan estúpido y ciego. ¿Pensabas que te iba a dejar arrancar los motores? ¿No ves el cristal?

El cristal khaydarin estaba oscuro. Sin pulso. Muerto.

—Esta nave no puede volar. El *Koramund* es viejo, está cansado y su chispa está muerta.

—Un ciclón de energía giró en torno a Tenzaal; los dos ojos ardientes de la templaria eran la única prueba de que ahí había una fuerza inteligente—. Y nunca volverá a ver las estrellas.

Con un grito de guerra furioso, Tenzaal desató la tormenta. Iaalu mantuvo su posición y rezó por encontrar pronto la dicha que había prometido Khas.

\*\*\*

Lo único que había era oscuridad.

«¿Qué has... hecho?»

Ese no era su pensamiento. La voz de ese pensador era aguda e irritaba la mente.

Tuvo que entrecerrar los ojos, deslumbrado por un florecimiento brillante de luz. Era hermosa, el mismo tipo de luz que iluminaba la vida de los protoss y se renovaba cada vez que nacía un niño. Y era fuerte, tan fuerte que bañaba todo el túnel con su brillo. Salía a chorros de los cables del relé e inundaba las arterias que se entrelazaban en las paredes. Los anillos del sensor parpadearon. El múltiple exhaló. El túnel zumbó. Esa luz era más que luz. Era energía.

Los motores del *Koramund* se estaban calentando.

El cristal. El cristal khaydarin. Era una verdadera maravilla, esa cosita fea y mal cortada. Seguramente había absorbido las energías psiónicas de la tormenta para volver a encender su propia llama. A pesar de que la luz que irradiaba el cristal hacía imposible la visión, Iaalu lo sentía palpar contra el pecho, entre las manos, cada vez más rápido, recobrando el pulso

como un corazón que se recupera después de muchos años dormido.

—Khalai estúpido... nos has condenado.

Más allá de la luz, una sombra en la que reconoció a Tenzaal cayó de rodillas. Sus espadas psiónicas chisporroteaban. Se le rompía la armadura. La piel se le resquebrajaba. Lanzó un alarido pero el eco sonó tan distante como si estuviera a una galaxia de distancia. Ialalu tenía la mente clara. Dichosamente clara.

Intentó ayudarla. Después de todo, ¿quién era él para juzgar? Por más mal que hubiera obrado, Tenzaal estaba sufriendo y todavía era una de los suyos. Una protoss. Que necesitaba luz. Y él se la podía dar.

—Sal... de aquí. —Tenzaal se protegió los ojos de él, de su luz, como si fuera incompatible con su existencia. En lugar de tomar la mano de Ialalu, dejó que su carne se pudriera, que sus espadas psiónicas murieran y que su cuerpo se disipara de a poco hasta convertirse en oscuridad.

Aun con la luz no había podido salvarla. Esta guerra había puesto a los protoss no solo contra los zerg y los terran. Había puesto a los protoss contra sí mismos.

Las cenizas de la templaria cayeron sobre una pila de astillas cristalinas. Ialalu estuvo a punto de no verlas porque no reflejaban nada de la luz. Pero conocía esa forma oblonga tanto como conocía su propia forma. Eran las astillas del cristal khaydarin, ahora negro azabache, opaco, sin ningún tipo de transparencia.

El ingeniero volvió a tocarse el pecho. Los relés rebasaban de luz, de energía, pero no parecía haber ningún amuleto en el medio. Lo único que había era...

Los corazones de Ialalu.

Sus latidos seguían el pulso de la nave. O *eran* el pulso de la nave y quizás el pulso que

había sentido desde el principio.

Cuando la dicha lo llevó al siguiente ciclo de su vida, la luz le reveló que él —Iaalu, nacido en la tribu Furinax de las colinas Shreka, tercer ingeniero del *Koramund*—, él era la chispa.

«*Uhn dara ma'nakai.*»

\*\*\*

*Koramund*: los protoss le habían puesto al portanaves "maravilla extraordinaria", y eso era. Una maravilla extraordinaria que despegó de Vanass sin comandante ni tripulación, con el casco resplandeciente, los motores en llamas y llevando en el corazón los recuerdos de la antigua Aiur de vuelta a las estrellas.